

preocupaciones a la mayor cantidad posible de personas: Utilizó la escuela para enseñar a los futuros profesionales, la radio como vehículo para también enseñar al público en general cómo oír la buena música, y cuándo la televisión estuvo a su alcance Calcaño hizo uso de ella para explicar mejor la música.

No llegó a gozar las ventajas de la televisión en colores, ni de las reproducciones en cinta de programas televisados que, siguiendo su línea de cultura pedagógica, hubieran sido para él estupendos instrumentos de trabajo, pero no somos pocos los que debemos a Calcaño haber aprendido, de sus lecciones radiales, a escuchar mejor a Beethoven, a Chopin, a Mozart. . .

OBANDO, AUTOR INTELECTUAL Y GRAN RESPONSABLE DEL ASESINATO DE SUCRE*

Por MANUEL PÉREZ VILA

I

EL ASESINO DE SUCRE

Para los estudiantes de la Historia serios y desapasionados, así como para el público informado, no existe ni puede existir duda alguna sobre la identidad del asesino del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre. El verdadero asesino fue el General neogranadino José María Obando, aunque no haya disparado él mismo las balas que a traición y por mampuesto segaron la vida de Sucre en la montaña de Berruecos el 4 de junio de 1830, hace 160 años.

Así lo demuestran varios testimonios de innegable autenticidad que unánimemente inculpan a Obando. También demuestran que el atroz asesinato fue planeado en las altas esferas de quienes se decían entonces “liberales”, adictos al General Francisco de Paula Santander, y que no tienen nada que ver, por supuesto, con el actual Partido Liberal de Colombia.

Todavía frustrados por el fracaso del intento de asesinar a Bolívar en Bogotá el 25 de septiembre de 1828, y no tomando en cuenta la magnanimidad del Libertador (puesta de manifiesto al perdonarle la vida al principal de los conjurados), los liberales que en mayo y junio de 1830 predominaban en Bogotá, anunciaron con el mayor descaro por la prensa su propósito de dar muerte a Sucre. En su periódico *El Demócrata* N° 3, publicado en esa ciudad el 1° de junio (pero redactado a fines de mayo) después de haber elogiado altamente al “vale-

* Serie de artículos publicados por el Profesor Manuel Pérez Vila en el diario *El Nacional* de junio a agosto de 1990.

roso General J. M. Obando, amigo y sostenedor firme del gobierno y de la libertad”, escribían: “Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar”. Es decir, asesinarlo.

En efecto, así lo hizo el General Obando tres días después, aunque es razonable suponer que el atentado se habría fraguado algo antes, tal vez hacia el 13 de mayo, fecha en la cual el Mariscal Sucre emprendió viaje de Bogotá a Quito pasando por Popayán y por Pasto. ¡Dos ciudades éstas que eran el feudo donde la voluntad de Obando era la ley en aquellos días!

Este militar fue quien ordenó el asesinato, pero con característica duplicidad —para no llamarla de otro modo— no participó personalmente en el mismo, valiéndose de sus fieles secuaces, no menos malvados que él, para perpetrarlo.

El más connotado de ellos, José Erazo, fue quien organizó la emboscada después de haber recibido un mensaje escrito de Obando en el cual le pedía que ayudase al Coronel Apolinar Morillo a cumplir una misión que le había encomendado. “Manos a la obra”, decía Obando, y “usted dirija el golpe”. En efecto, los ejecutores materiales del asesinato fueron el citado Morillo, natural de Venezuela, con los soldados peruanos Andrés Rodríguez y Juan Cuzco, y un indio de la Alpujarra nombrado Gregorio Rodríguez.

Los contemporáneos del innoble atentado no tuvieron ninguna duda sobre quién era el autor intelectual del mismo: el General Obando. Así lo creían y lo afirmaban no sólo el Libertador, sino amigos y copartidarios de Obando, como el General Santander.

II

OBANDO, ACUSADO POR BOLIVAR Y SANTANDER

Cuando se difundió la noticia del asesinato del general Antonio José de Sucre, perpetrado en Berruecos el 4 de junio de 1830 por el coronel Apolinar Morillo y una cáfila de desalmados, los contemporáneos del execrable crimen no tuvieron ninguna duda acerca del autor intelectual del mismo: el general neogranadino José María Obando. Entre sus cómplices, además del mencionado Morillo, se contaban el guerrillero José Erazo y el general José Hilario López. Por curiosa coincidencia, andando el tiempo, tanto Obando como López llegarían a ser presidentes de la Nueva Granada, la actual Colombia.

Para el Libertador, que tenía medios de estar bien informado, su culpabilidad no ofrecía duda. Hacia agosto de 1830, hallándose ya separado del mando y residiendo en las cercanías de Cartagena, Bolívar escribió un artículo para la prensa, titulado “Los Liberales o Jacobinos”, en el cual señalaba con su índice acusador al periódico *El Demócrata*, de Bogotá (en el cual se había

anunciado el asesinato antes de que ocurriera), y sobre todo al general Obando y al general López.

Meses más tarde, en una carta dirigida al general Juan José Flores desde Barranquilla, el 9 de noviembre de 1830, Bolívar, sin nombrarlos, alude directamente a “los monstruos del Cauca” como los asesinos de Sucre, cuya muerte, dice, “es la mancha más negra y más indeleble de la historia del Nuevo Mundo”. Por esto incitaba a Flores, quien mandaba entonces en Ecuador, a invadir el sur de la Nueva Granada (Pasto) para destruir la guardia de “los asesinos de la más ilustre víctima”.

Pero no sólo era Bolívar el acusador. Aunque lo que decía era cierto y estaba sustentado en noticias fidedignas, alguien podría argumentar que el dolor que le causó la muerte de Sucre podía cegarle y parcializar su testimonio.

Entra aquí el testimonio acusador de un hombre a quien no es posible tachar de parcializado contra Obando, pues era su compañero de armas, era neogranadino como él y sustentaba en política la mismas ideas, que ellos llamaban entonces “liberales”. Me refiero al general Francisco de Paula Santander. Siendo Presidente de la Nueva Granada le escribió, el 13 de junio de 1836, una carta a su amigo y copartidario, el doctor Vicente Azuero, en la cual analizaba las candidaturas para la Presidencia de la República en las elecciones próximas. Para Santander, el candidato que los liberales deben apoyar es Obando, a pesar, escribe, de sus defectos; y más adelante reitera y precisa su pensamiento: “Obando ha gobernado (en 1832) por más de seis meses, no obstante que había servido con los españoles, que había muerto Sucre y que tenga los defectos que se le imputan”.

¡Qué “había muerto (a) Sucre”! ¿Se quiere un testimonio más convincente y más demoledor que el de Santander? Todavía, si éste se estuviera oponiendo a la candidatura presidencial de Obando, podría pensarse que lo decía para descalificarlo. Pero no: Santander apoyaba su candidatura, a pesar de los hechos negativos que mencionaba, entre ellos el asesinato de Sucre.

III

LOS COMPLICES ACUSAN

Tanto el Libertador Simón Bolívar como el General Francisco de Paula Santander, Presidente de la Nueva Granada, estaban convencidos de que el autor intelectual del asesinato del General Sucre, cometido el 4 de junio de 1830 en Berruecos, era el General José María Obando. Así lo escribieron ellos: Bolívar en 1830 y Santander en 1836.

También los cómplices, ejecutores materiales del crimen, acusaron a Obando de ser el autor intelectual de la muerte de Sucre. La historia, aunque sórdida, merece ser contada.

En 1839 el guerrillero José Erazo confesó haber sido uno de los cómplices de aquel crimen, declarando que el principal ejecutor del mismo había sido el Coronel Apolinar Morillo. Unos documentos de Obando y de uno de sus adláteres, que Erazo había conservado escondidos y que su mujer entregó a las autoridades, confirmaron la culpabilidad de Obando. En ellos se le pedía a Erazo que ayudase en todo a Morillo y se le decía: "Manos a la obra... Usted dirija el golpe".

Como consecuencia, Morillo fue apresado y se le instruyó un juicio sumarísimo. Confesó de inmediato su delito y acusó directamente a Obando como instigador del asesinato de Sucre. Citado aquel General, se negó a comparecer y luego se alzó en armas contra el Gobierno de la Nueva Granada. Derrotado y apresado en 1840, fue careado con Morillo y como era de esperarse lo negó todo, inclusive su firma que figuraba en una de sus cartas para Erazo. No convenció a nadie, pero como tenía dinero, cómplices e influencia logró escaparse de la cárcel en julio de aquel año y halló refugio en Perú.

Entre tanto Apolinar Morillo, confeso de haber cometido personalmente el crimen, fue condenado a muerte y fusilado en Bogotá en noviembre de 1842. Dos días antes de enfrentar el pelotón de ejecución, dirigió un mensaje en el cual pedía perdón públicamente por el "crimen execrable" que había contribuido a cometer en la persona de Sucre. En este solemne documento ratificó la acusación contra Obando, quien le había ordenado matar a Sucre valiéndose de la subordinación militar como Comandante General que era del Departamento del Cauca, con sede en Popayán. Perdonaba luego a Obando "por haberme arrastrado —escribía— al abismo en que me encuentro" y terminaba manifestando que ojalá su muerte aplase la sombra de Sucre y diera satisfacción a la justicia y a la humanidad.

Este dramático testimonio, unido a la confesión de Erazo, no deja duda sobre la culpabilidad plena del General Obando como autor intelectual del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho.

IV

OBANDO EL ASESINO

En tres artículos publicados en la A-6 de *El Nacional* he argumentado, y creo que demostrado con datos históricos irrefutables, que el Libertador y el general Santander habían coincidido en señalar al general José María Obando como autor intelectual del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre.

Ahora, don José Rodríguez Rodríguez (Cartas a *El Nacional*, 5/8/90) dice que yo no conozco la Historia de la Nueva Granada (asunto que podría deba-

tirse, pero no son éstos ni el lugar ni la ocasión) y pretende que cuando Santander, en una carta de su puño y letra del 13 de junio de 1836, achacó a Obando el asesinato de Sucre, hablaba “irónicamente”. Su palabra vaya adelante, pero el asunto no se puede despachar como una supuesta “ironía” de Santander, quien por cierto no se distinguía por su sentido del humor. ¿También fueron “irónicas” las acusaciones de Bolívar en 1830 y las de los cómplices de Obando, ejecutores materiales del crimen, José Erazo y Apolinar Morillo? Erazo presentó, en 1839, documentos de Obando y sus adláteres, en los cuales se le encomendaba ayudar a Morillo a cometer el asesinato. Morillo acusó solemnemente a Obando, por escrito, de haberle ordenado dar muerte a Sucre. ¿Ironías al borde del sepulcro? No hay tal “ironía” de Santander: él aseguró por escrito que Obando era el culpable del crimen, lo mismo que en distintas ocasiones afirmaron Bolívar, Erazo y Morillo. Hasta el Nuncio Papal, en Bogotá, se lo había escrito a sus superiores del Vaticano en 1839.

CON EL LIBRO ENTRE LAS MANOS*

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

En verdad son algunos los cuentos de lectores que vienen a nuestra mente al tomar la palabra desde esta tribuna. De allí que podamos partir de aquel momento cuando Sherezade, la primera y mayor de los cuentacuentos, salvó a las mujeres del reino árabe en donde vivían seduciendo, con el poder de su palabra y de su encanto, al rey persa Shariyar.¹ Con aquellas historias que la inefable y bella muchacha sacaba de su imaginación, logró prestar una ayuda. Hay quien ha pensado que la vocación de servicio de las mujeres vio la luz la noche del primer día en que Sherezade narró su primera historia, la cual concluyó en algún amanecer del año ochocientos de nuestra era.² De este cuento y de los otros mil que brotaron de su talento e intuición, surgió *Las mil y una noches*, famoso libro que fue conocido en Occidente a partir de su primera traducción, publicada en 1717.

También el arte de la conversación dio nacimiento a uno de los libros más hermosos que nos legó el medioevo. Tal volumen surgió cuando diez jóvenes debieron huir de una epidemia de peste que asoló a Florencia en 1348. Durante varios días, en un lugar cercano a esta urbe, se distrajerón contándose, unos a

* Conferencia dictada en el Museo del Teclado, Caracas, al mediodía del 16 de abril de 1989.

1. *Antología de Las mil y una noches*. Bogotá: La Oveja Negra, 1983.

2. IRMA DE SOLA, RICARDO: *Las mujeres tenemos vocación de servicio*. Caracas: Italgráfica, 1973, p. 5-8.